

DE FEIJOO A QUINTANA

TESTIMONIOS LINGÜÍSTICO-LITERARIOS SOBRE INOCULACIÓN Y VACUNA¹

Enlazar los nombres de Feijoo y Quintana en el rastreo de un tema cultural que lleva consigo implicaciones lingüísticas puede, a primera vista, parecer sorprendente o anómalo. No lo es tanto, en la realidad de la vinculación histórico-literaria, si consideramos que ambos autores se encuentran situados respectivamente en los preliminares y en el epílogo de la auténtica literatura ilustrada. Sentir la literatura, de la prosa al verso, como vehículo de difusión ideológica o de divulgación científica y hasta como instrumento de perfección moral e intelectual del hombre, es nota dominante de la ilustración literaria. Ciertamente que —como he dicho en otra parte— son «escritores nacidos en la década de los 30 [quienes] habían abierto el camino de la poesía ilustrada, que se realizará plenamente a partir de 1770»². Pero la actitud crítica en la lucha contra la superstición y la rutina la representa ya, como es bien sabido, la prosa ensayística de Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764). Entre la variedad de temas que toca, ocupan un puesto importante los que se refieren a cuestiones médicas. Y

¹ Con el título *Scienza e Lirica illuministica. Dall'inoculazione al vaccino in Italia e in Spagna* presenté una comunicación al IX Congreso de la «Associazione Internazionale per gli Studi di Lingua e Letteratura Italiana», que tuvo lugar en Palermo, Messina y Catania entre el 21 y el 25 de abril de 1976. En espera de la publicación de las Actas del Congreso, dedicado al tema *I rapporti tra Letteratura e Scienza nella storia della cultura italiana*, anticipo y completo, con un planteamiento y enfoque bien diversos, la parte de la documentación que afecta directamente a la cultura literaria española.

² Joaquín Arce, *La poesía en el siglo XVIII*, en *Historia de la literatura española*, Madrid, Guadiana, 1975, tomo II, p. 381.

entre la multitud de las mismas, no podía faltar una referencia a la preocupación por difundir un nuevo procedimiento profiláctico en relación con la viruela, enfermedad entonces terrible y justamente temida, por las víctimas que producía o por las incancelables huellas que dejaban en infinidad de personas. Según un denso y documentado escrito de la época, la viruela mataba a una décima parte del género humano; y la posibilidad de librarse de ella no llegaba a un cuatro por ciento³.

Es bien conocida, por otra parte, en los primeros años del siglo siguiente, una oda de Manuel José Quintana (1772-1857) sobre la propagación de la vacuna, rigurosamente coetánea de un poema, escrito con la misma ocasión, del filólogo y escritor venezolano Andrés Bello (1781-1864). No es mi intención señalar una filiación temática entre los tres autores ya que, en relación con este tema específico, se ignoraban muy probablemente entre sí. Mi objetivo es abordar marginalmente un capítulo de historia de la medicina, el de la lucha antivariólica, que comprende dos momentos sucesivos, sin salir del mismo siglo XVIII, en su esfuerzo por extirpar tal plaga: la «inoculación» y la «vacunación». Y de esos momentos tenemos ecos literarios en los autores mencionados y, de pasada, en algunos otros. A un intento, pues, de precisión terminológica y científica —ya que vacuna e inoculación fueron cosas diferentes aunque a menudo confundidas— añado la indicación de una posible fuente literaria de la oda de Quintana que, por lo que se refiere a los núcleos centrales que rigen su composición, pudo haberse inspirado en el máximo poeta de la Ilustración italiana, Giuseppe Parini (1729-1799).

El descubrimiento de la inoculación contra la viruela, introducido en Europa en los primeros decenios del siglo XVIII, mereció que no sólo en España se ocupase de él Feijoo sino que también lo abordase en Francia nada menos que Voltaire. Lo que ya no suele tenerse tan en cuenta es que el artículo de Feijoo es anterior en un año al del escritor francés. En efecto, en 1733 Voltaire ultimó sus *Lettres Anglaises* o *Lettres philosophiques*, publicadas en 1734. Fue en cambio en el mismo 1733 cuando se imprimió el tomo V del *Theatro crítico universal*, en cuyo Discurso XI, *El gran magisterio de la experiencia*, está incluido el artículo sobre nuestro tema. En realidad el buen fraile benedictino tiene sus fuentes y no las oculta. Aparte sus personales reflexiones, los principales datos los toma de

³ Pietro Verri, *Sull'innesto del vaiuolo*, en *Il Caffé*, 1766. Véase la edición de esta revista, por Sergio Romagnoli, Milán, 1960, págs. 534 y 536. De por entonces es también el largo artículo de Diderot, en la *Encyclopédie*, sobre la práctica de la inoculación.

los entonces muy difundidos *Mémoires pour servir à l'histoire des sciences et des arts*, publicados por los jesuitas en Trévoux entre 1701 a 1767⁴. Feijoo sigue estas memorias, sobre todo, en lo que se refiere al origen del descubrimiento y a su difusión en Inglaterra. Tal «remedio precautorio», usado por los turcos, al que llamaban «ya inserción, ya insición, ya inoculación de las viruelas», consistía en introducir en unas cisuras hechas en el cutis de un hombre sano la materia purulenta de las postillas de algún enfermo.

Téngase presente, desde el punto de vista léxico, que es ésta casi con seguridad la primera vez (1733) que se usa en castellano el término «inoculación» en esta específica acepción médica⁵, muy anterior ciertamente a la incorporación italiana del mismo y sólo en uno o dos decenios posterior a las correspondientes voces del francés y del inglés. Es un dato más que confirmaría la opinión de Marañón sobre Feijoo como «creador, en castellano, del lenguaje científico»⁶.

El remedio fue difundido en Inglaterra por el cirujano del embajador inglés en Turquía, que convenció a sus señores para que hicieran el experimento con sus hijos. Aunque esta «cura precautoria» se extendió por aquel Reino, los médicos de París se opusieron tenazmente. Acudiendo a la experiencia —que es el tema central de todo el Discurso de Feijoo— se constató que la «inserción» libraba de padecer nuevamente la enfermedad; y además que, aunque alguno moría con las «viruelas artificiales», el porcentaje de mortandad no alcanzaba a la octogésima parte, mientras que de los que padecían las «viruelas naturales» morían más de la octava parte. Ataca Feijoo después, y ya parece que por cuenta propia, a ciertos presbiterianos rígidos que se oponían a la nueva práctica por motivos religiosos: «un Theólogo protestante predicaba que era invención diabólica». Nuestro benedictino, no precisamente oscurantista, termina aludiendo a otro antiguo uso de la provincia de Gales, que también nos interesa por la expresión terminológica; los galeses del sur o se refregaban el cutis contra las postillas

⁴ «Esto es lo que he leído en las *Memorias de Trevoux* de los años 24 y 25. Si después hubo alguna novedad lo ignoro» (p. 330). Cito por la primera edición del *Teatro*, en 9 tomos, publicados entre 1726 y 1740. El *Discurso* está en las págs. 382-432 del tomo V.

⁵ Mientras Corominas no le asigna fecha, Martín Alonso, en su *Enciclopedia del idioma*, lo pospone nada menos que a 1852. El *Diccionario de Autoridades* (1726-1739) no incluye todavía la voz «inoculación».

⁶ Gregorio Marañón, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid, 1934.

de un varioloso o se pinchaban con una aguja mojada en la materia purulenta; y a esto se llamaba «comprar las viruelas».

Con espíritu bien diverso pero con contenido semejante, publica el año siguiente Voltaire su *Carta* en la que atribuye la introducción del método entre los ingleses a Mme. de Wortley-Montaigu, esposa del embajador de Inglaterra en Constantinopla, la cual lo aplicó contra el parecer de su capellán. Obsérvese que Feijoo se había referido en cambio al cirujano del señor Wortley Montaigu, que hizo sabedores del resultado «a su Amo y Ama». El escritor francés hace a su vez remontar el origen del método a Circasia, donde era utilizado sobre todo por interés, dado que la enfermedad ponía en peligro la hermosura de sus mujeres, que abastecían los harenes de Persia. Los franceses, por tanto, —según él— no parecían apreciar demasiado ni la belleza femenina ni la propia vida, pues con «l'inoculation ou insertion de la petite vérole» se hubieran salvado miles de seres. No obstante, dice mordazmente, quizá llegue el método a difundirse en Francia «si les curés et les médecins le permettent»⁷.

En realidad, Lady Mary Wortley Montagu no sólo representó un curioso tipo de feminista en su época, sino que aprovechó la actividad diplomática de su marido en Turquía para penetrar en la lengua, las ideas y las costumbres de aquellas gentes hasta alcanzar un importante puesto entre los orientalistas de la primera mitad del siglo XVIII. Entre los escritos de esta dama es digna de destacarse para nuestro tema una carta de 1717, mandada desde la ciudad turca de Andrinópolis, en la que describe la técnica de la inoculación, según allí la practicaban, designada con el nombre de *ingrafting*. Ella se considera en su carta lo suficientemente patriota como para introducir esta invención en su país. Ciertamente es que inmediatamente antes, en 1714 y 1716, habían ya aparecido unos artículos sobre este tema en Inglaterra, pero debidos precisamente al médico que en Constantinopla

⁷ Voltaire, *Sur l'insertion delle petite vérole*, en *Mélanges*, Bibliothèque de la Pléiade, 1967. Como testimonio literario del término que comento, reproduzco unos versos del mismo Voltaire, dirigidos en 1786 al médico francés que había introducido la inoculación en su país:

Autrefois à ma nation
j'osai parler dans mon jeune âge
de cette inoculation
dont grâce à vous on fait usage.

(En M. L. Dufrenoy, *Lady Mary Montagu*..., art. cit. en la nota siguiente).

había asumido Wortley a su servicio. Y así fue como, quizás impulsada por su médico, Lady Mary hizo inocular a su propio hijo en 1718⁸.

La nueva medida profiláctica no fue utilizada en España de forma regular hasta 1771, aunque hay testimonios de que algún médico rural la aplicase en algún pueblo de Galicia desde tiempo inmemorial⁹. Como se ve, no sólo en relación con la fecha en que la inoculación se practica, sino también por su defensa y por la presencia del término en la literatura científica y en la de creación, Feijoo es un lejano precursor casi aislado en su tiempo. El hecho es que, entre 1733, fecha casi segura de introducción de la nueva voz en castellano en su estricto alcance científico, hasta la década de los 70, en que la aplicación del método empieza a generalizarse, hay testimonios documentados que acreditan la preocupación por tal práctica inmunizante y el uso habitual del nombre «inoculación» en ambientes especializados. Aunque investigaciones ulteriores pudieran modificar estos puntos de vista, creo incuestionable, en su alcance general, que desde mediados de siglo las discusiones, tanto de carácter científico como moral en torno al nuevo método, ocupan una gran parte de la ciencia contemporánea, cuando todavía las Casas Reales de España y Portugal no podían aceptar la inoculación por razones religiosas.

Para la historia lingüística del vocablo —objeto central de este trabajo—, nos interesa recordar que, al menos, ya desde el año 1758, Bonifacio Ximénez de Lorite hizo en Sevilla, en la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias, una disertación *Sobre la inoculación de las viruelas*. La cuestión le preocupaba de tal manera a este médico que catorce años después volvió a disertar en la misma Sociedad proponiendo un *Método más sencillo y genuino de inoculación preferible hasta los descubiertos hasta ahora* (1772)¹⁰.

Pero ya un año antes de la disertación pública de Ximénez de Lorite

⁸ Marie-Louise Dufrenoy, *Lady Mary Montagu et la satire orientale*, en «Actes du IV Congrès de l'Association International de Littérature Comparée», Fribourg, 1954, II, 1332-43.

⁹ G. Marañón, *op. cit.*, p. 176.

¹⁰ Había expuesto asimismo, en 1762, unas *Reflexiones críticas sobre las viruelas*, en que posiblemente aludiera a la práctica inmunizante. Tomo estos datos del denso y documentado libro de Antonio Hermosilla Molina, *Cien años de medicina sevillana (La Regia Sociedad de Medicina y demás ciencias, de Sevilla, en el siglo XVIII)*, Sevilla, 1970, donde se da noticia de las disertaciones manuscritas e impresas que posee la biblioteca de la actual Academia de Medicina y Cirugía.

hubo un expediente de censura en contra de la traducción de una obra francesa de La Condamine, hecha en 1757 por Rafael Osorio, con el título de *Memoria sobre la inoculación de las viruelas*, que no llegó a ver la luz por negársele la licencia de publicación en mayo de ese mismo año. Uno de los miembros del Protomedicato —especie de Ministerio de Sanidad al que el Consejo de Castilla sometía la censura de este tipo de escritos— era la máxima figura de la medicina española a mediados de siglo, el doctor Andrés Piquer; quizás éste informó favorablemente ya entonces, pues entre sus *Obras póstumas*, publicadas mucho después, en 1785, figura un *Dicamen del Tribunal del Real Protomedicato al Supremo Consejo de Castilla sobre la inoculación de las viruelas*.

De 1768 es otro expediente en torno a una *Disertación sobre la inoculación de las viruelas*, del doctor Francisco Rubio, cuya publicación fue de momento rechazada, aunque obtuvo licencia para imprimirse en junio de 1769. Y nueva oposición del Protomedicato se da en 1772 a la *Historia de la inoculación de las viruelas en carta a un amigo suyo*, de Manuel Santos Rubin de Celis, si bien de nuevo el Consejo acordó la licencia en enero de 1773. Estos expedientes ofrecen como curiosidad el acreditar las discrepancias entre los médicos y el Consejo de Castilla, ya que los fiscales ilustrados que censuraban las obras en un primer momento eran favorables a la divulgación del método, mientras el Protomedicato se mostraba hostil; y así el Consejo se mostraba vacilante, aunque más bien propicio a la publicación de las obras en que se trataba del tema¹¹.

Dejando a un lado dos escritos de un italiano publicados en Cádiz en 1767, en favor del nuevo procedimiento¹², fue año fundamental, para la polémica desde entonces iniciada, el de 1777, cuando uno de los principales defensores de la discutida técnica, Francisco Salvá y Campillo, miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona, sacó a luz su *Proceso de la inoculación, presentado al Tribunal de los Sabios para que lo juzguen* (Barcelona, 1777); e incluso, en la misma ciudad y año, imprimió su *Respuesta a la primera pieza que publicó contra la inoculación Antonio de Haen, médico de S. M. Imperial*. Tuvo Salvá, por su parte, ya en la

¹¹ Se refiere a cuatro de estos expedientes el artículo de P. J. Guinard, *Notes sur l'inoculation de la variole en Espagne au XVIIIe siècle*, en «Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh». París, 1966, I, 413-24

¹² Giovanni Spallarossa, *Disertación physico-médica en que...se demuestra la utilidad y seguridad de la inoculación de las viruelas*, Cádiz, 1767; y *Consultatio medico-moralis variolarium inoculationem favens...* Gadibus, 1767.

década siguiente, dos impugnadores, el presbítero y licenciado Vicente Ferrer Gorráiz y el doctor Jaime Menós¹³, a quienes replicó a su vez en sendas *Cartas* (1785 y 1786), encubriéndose, en la segunda de las cuales, bajo seudónimo¹⁴.

Junto al académico barcelonés F. Salvá, otro gran defensor del método inmunizante hubo por entonces en España, aunque de origen extranjero, el irlandés Timoteo O'Scanlan, miembro de la Academia de Medicina Matritense y médico de los Reales Ejércitos. Antes de las réplicas de Salvá había ya publicado su *Práctica moderna de la inoculación con varias observaciones y reflexiones fundadas en ella... y un Compendio histórico de su origen y de su estado actual... con un catálogo de algunos inoculados* (Madrid, 1784), contestando también por su cuenta y riesgo a las mencionadas impugnaciones de Gorráiz y de Menós, en 1786, con su *Inoculación vindicada*¹⁵.

Es, pues, el bienio 1785-86 el momento clave de las objeciones y defensas en torno al nuevo método, que representa la máxima aportación del siglo XVIII a la lucha antivariólica hasta culminar, poco más de un decenio después, en el trascendental descubrimiento de la vacuna. Corresponden las disputas al reinado del ilustrado Carlos III, que intentó difundir la inoculación no obstante las resistencias de su misma familia y de gran parte del clero. Sin embargo, en la mencionada Regia Sociedad sevillana, expuso en 1787 un *Juicio teológico sobre la inoculación de las viruelas* un fraile, Lorenzo Zambrano, que la consideraba moralmente aceptable, ya que suponía incluso menos riesgo que otros medios curativos como el bisturí, el mercurio, el opio, etc. Y así, todavía en la década que cierra el siglo, junto con frecuentes escritos en el *Diario de Madrid* sobre el tema, en torno a 1790 y siguientes, el mencionado O'Scanlan dio a la prensa un *Ensayo*

¹³ Vicente Ferrer Gorráiz, *Juicio o Dictamen sobre el Proceso de la inoculación*, Pamplona 1785; y Jaime Menós y de Llena, *Memoria sobre la inoculación, sacada de las dudas y disputas entre los autores excitados acerca de la utilidad o daños causados por la inoculación de las viruelas y comprobada por el desengaño*, Manresa, 1785.

¹⁴ Francisco Salvá, *Carta... al licenciado D. Vicente Ferrer Gorráiz... sobre la inoculación de las viruelas*, Barcelona, 1785; y *Carta de D. Gil Blas a D. Blas Gil sobre la memoria que ha publicado contra la inoculación el Dr. D. Jaime Menós y de Llena*, Barcelona, 1786.

¹⁵ Así se deduce del *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid*, t.º IX, n.º XXXIII, septiembre de 1786, que no sólo da noticia de alguna de estas publicaciones sino que inserta unas anónimas *Reflexiones sobre la inoculación de las viruelas* (págs. 477-78), colocándose de parte de los antiinoculadores.

apologético de la inoculación y demostración de lo importante que es al particular y al Estado (Madrid, 1792); y otro miembro de la citada Sociedad de Medicina de Sevilla, ensalzador de la obra del médico irlandés, intervendrá, en el tardío 1795, con una disertación académica acerca *De las proporciones del clima sevillano para establecer la inoculación de las viruelas*¹⁶.

Más que los datos basados en la literatura científica especializada, que demuestran la difusión del sustantivo «inoculación» y de sus derivados a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, interesan los más escasos testimonios literarios, cuya documentación abarca las tres décadas finales del siglo, desde Cadalso a Leandro F. de Moratín. En efecto, en 1772 escribe José Cadalso en *Los eruditos a la violeta*: «Hoy domingo... os digo que no basta el profundo conocimiento que os he inoculado (¡qué alusión a las viruelas!) con sumo método y primor»¹⁷. La frase tiene interés porque demuestra aguda sensibilidad lingüística al añadir esa connotación irónica a un vocablo de esfera técnica. La cita de Moratín, en cambio, acredita que en 1794 se hallaba establecido en Venecia un servicio público y gratuito de inoculación: «Si en esto hay descuido, no le hay ciertamente con la enfermedad de las viruelas, peste no menos temible que la anterior. Vi carteles fijados en las esquinas, donde se anunciaba que desde el día 1.º de Noviembre hasta el 15 podría cualquier padre de familia llevar sus hijos (cuya edad señalaba) a una casa destinada á la inoculación; que allí los profesores dedicados a este fin por el Gobierno, harían esta operación de balde, y que todos los niños que adquiriesen viruelas serían visitados en sus casas por los mismos facultativos durante el mal, y los que fuesen de familias pobres recibirían un socorro diario»¹⁸.

Otra mención al problema profiláctico se encuentra en una carta, también de los últimos años del siglo, del economista y político Conde de Cabarrús: sus argumentos son precisamente contra quienes todavía consideraban que la inoculación era un modo de propagar la enfermedad. Según Cabarrús, «la formación de lazaretos para los virulentos» era la primera providencia que había que tomar. En efecto, «establecidos estos lazaretos,

¹⁶ ¹⁷ ¹⁸ ~~Estos testimonios aparecen no sólo~~ del ya citado libro de A. Hermosilla y del *de una biblioteca española de los mejores* 1795.80 de Juan Sembrere y Guatínos y del

se resolvería presto la gran cuestión de la inoculación, o, por mejor decir, dejaría de serlo; se quitaría a sus adversarios el solo argumento razonable con que la contradicen, mirándola como un nuevo medio de propagar tan terrible enfermedad de nuestras poblaciones»¹⁹. Puede señalarse incluso un dato lingüístico en catalán, ya que en el «Diario de Barcelona» del 20-VIII-1793 se habla de «empeltar la verola», es decir, «inocular»²⁰.

A fines de esta década de los 90 se difundió un nuevo procedimiento inmunizante que iba a alcanzar extraordinaria importancia en la historia del género humano: en 1798, el inglés Edward Jenner dio ya a conocer el resultado de sus experimentos con el virus *vacinia*, descubierto unos años antes, al observar que los campesinos contaminados por la «vacuna», o sea la viruela de las ubres de las vacas, eran refractarios a la viruela humana. El término «vacunación», por tanto, antes de generalizarse para todas las formas de inmunización, se aplicó exclusivamente a la realizada con material bovino, es decir, al injerto de pus vacuno, o extraído de personas afectadas por este tipo de viruela, carente del extremo peligro que suponía la directa inoculación de los gérmenes de la viruela humana. Se había dado así un gran paso adelante en el gradual progreso de la humanidad, reflejado en una peculiar terminología: entre «inocular» y «vacunar» hay una diferencia cronológica y técnica que no puede despreciarse, aunque incurran en la confusión no sólo profanos sino también especialistas²¹. Tanto el nuevo verbo como los sustantivos («vacunar», «vacuna» y «vacunación») los fecha Corominas en 1817. Es evidente, sin embargo, que empezaron a difundirse, incluso en la misma España, a partir de 1798,

¹⁹ Conde de Cabarrús, *Sobre la sanidad pública*, en *Cartas*, estudio preliminar de José A. Maravall, Madrid, 1973, págs. 227-230. La inicial *Carta al excelentísimo Señor Príncipe de la Paz* está fechada en diciembre de 1795.

²⁰ En Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México-Buenos Aires, 1957, p. 52n.

²¹ Tanto Marañón, *op. cit.*, como las traducciones de Sarrailh, *op. cit.*, y de Richard Herr, *España en la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1964, caen en la indistinción terminológica. A Marañón se le escapa decir que Feijoo introduce en España «la vacunación antivariólica» (p. 176). Si puede aceptarse que la vacuna es una forma de inoculación no es cierto lo contrario. Por lo mismo no puede afirmarse, como Sarrailh, que en tiempos de Feijoo había resistencia a la adopción «de la preciosa vacuna contra la viruela» (p. 51); ni, como Herr, que Carlos III «inauguró una campaña para generalizar en España la vacuna contra la viruela» (p. 37). En esta imprecisión léxica también incurre Hermosilla al apoyarse en la autoridad de estos tratadistas (*op. cit.*, p. 433). Sirá atender, pues, a la peculiar significación que ambos vocablos tienen en la diacronía lingüística, se los ha convertido en falsos sinónimos.

año en que Jenner publicó *An inquiry into the causes and effects of the variolae vaccinae*. Y en efecto, un médico barcelonés, Francisco Piguillem (1771-1826), pidió a París, ya en 1800, linfa vacuna, para dar a luz, inmediatamente después de la oportuna experimentación, su tratado *La vacuna en España o Cartas familiares sobre esta nueva inoculación*, Barcelona, 1801²².

Además de Piguillem, la difusión de la técnica recién descubierta se debe al médico y cirujano Francisco Javier Balmis (1753-1819). A él corresponde la gloria de haber promulgado el descubrimiento por tierras de ultramar y de haber divulgado el nuevo remedio gracias a su traducción de un célebre tratado francés, donde ya la palabra y la técnica de la vacuna aparecen usadas y defendidas sin restricciones, en 1803²³.

Pero antes de tratar del significado heroico y humanitario de la expedición de Balmis, que duró de 1803 a 1806, veamos otros dos testimonios coetáneos entre lo meramente literario y lo estrictamente lingüístico. A modo de breve poema en prosa, publicó Tomás García Suelto un apólogo titulado *Las viruelas*²⁴. No obstante el título, se limita en tono poético a hablar de una parte de la India cortada por un ancho río peligrosísimo de atravesar en el que muchos se ahogaban o quedaban mutilados; después, con unas barquillas, se lograban salvar algunos; barqueros imprudentes, sin embargo, ocasionaron naufragios, hasta que un hombre de genio echó un puente sobre el río por el que se podía pasar sin peligro, entre los silbidos de los barqueros y los insultos de los que pasaban por los escollos. Y así, hasta que todos «se dexaron ilustrar», con lo que se vio «disminuirse el número de mujeres feas y de hombres deformes y mutilados». Si el texto no nos sirve como registro de tecnicismos, es válido como reacción asépticamente literaria y de fácil simbolismo, dado el título, ante el nuevo descubrimiento profiláctico. Por otro lado, será una vez más Leandro Fernández de Moratín quien nos deje, en una carta privada, la prueba de la forma

²² El opúsculo es tan raro que la Real Academia de Buenas Letras lo reimprimió en Barcelona, en 1914-15. Piguillem tradujo también del francés, de un tal Dr. Colón, de París, un *Ensayo sobre la vacuna*.

²³ J. M. Moreau de la Sarthe, *Tratado histórico de la vacuna que contiene en compendio el origen y los resultados de las observaciones y experimentos sobre la vacuna con un examen imparcial sobre sus ventajas y las objeciones que se le han puesto*, Madrid, 1803, con 2.ª edición de 1804.

²⁴ T. G. S., *Las viruelas*, en «*Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*», año segundo (1805), págs. 361-4. Como es sabido, era la revista del grupo de Quintana.

ya popularizada y vulgarizada del verbo «vacunar», en boca de un pregonero que proclamaba, con su peculiar fonética y cadencia, la posibilidad pública de la vacunación infantil: «El pregonero anda ahora de esquina en esquina, y con voz envinada y ronca dice: «*Qualsiquiá presona — que tubiese niño — o niña — que la quiá — vacurnar — acuda — esta tarde — a las cinco — en ca — del señor Alcalde — mayor*»²⁵.

La expedición marítima de Balmis a América y al Oriente fue de transcendental importancia en el orden demográfico, ya que el aumento de la población fue consecuencia de los miles de vidas salvadas. Otros países, Portugal, Holanda e Inglaterra la imitaron y aplicaron después a sus respectivas colonias. Eje político de la empresa fue D. Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz. El mismo nos ha dejado en sus *Memorias* constancia de la «expedición cosmopolita y filantrópica de la vacuna» y a él me voy a atener en la exposición de algunos detalles²⁶. El 30 de noviembre de 1803 zarpó de La Coruña una corbeta con diez escogidos médicos bajo la dirección de Balmis. Llevaban unos 25 niños, con sus madres o nodrizas, para ir inoculándolos brazo a brazo durante la navegación y mantener así inalterado «el saludable fluido». Estos niños fueron después adoptados por Carlos IV, y el propio Gobierno se encargó de su mantenimiento y enseñanza. Tras hacer escala en Tenerife, llegaron a Puerto Rico y la Habana, desde donde la expedición siguió a Veraacruz y otros lugares, subdividiéndose las comisiones: una de ellas, siempre bajo la dirección de Balmis, se extendió hasta las Filipinas y luego a otras islas, penetrando en China, concretamente en Macao y Cantón. La portentosa hazaña, hecha cuando todavía en parte de Europa se combatía el descubrimiento de Jenner, contaba en su haber, al regresar a la patria, en 1806, más de 50.000 vacunados.

Y fue precisamente esta benefactora empresa la que encontró dos importantes ecos en la historia de la lírica hispánica, uno en España y el otro en Venezuela, ambos del mismo año 1806 y sin relación o conocimiento alguno entre sí: la oda de Manuel José Quintana *A la expedición española para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis*²⁷ y el poema del polígrafo venezolano Andrés Bello (1781-1864), *A la vacuna*. Este último, mucho menos conocido, entre otras razones por

²⁵ Carta a Francisca Muñoz, fechada en Pastrana, 22-23 de julio de 1807, en *Epistolario*, Madrid, Castalia, 1973, p. 262.

²⁶ Príncipe de la Paz, *Memorias*, Madrid, B.A.E., 1975, págs. 406-7.

²⁷ Puede consultarse en la reciente edición, a cargo de Albert Dérozier, de las *Poesías completas* de Quintana, Madrid, 1969.

haber quedado inédito hasta 1882, lleva un largo subtítulo aclaratorio que demuestra su condición de poesía de ocasión, de tono encomiástico: *Poema en acción de gracias al Rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al señor D. Manuel de Guevara Vasconcelos, Presidente, Gobernador y Capitán General de las provincias de Venezuela*²⁸. Aunque en la edición de Caracas se le atribuye al año 1804 es evidente que fue escrito en 1806, después del regreso de la expedición por el Oriente, cuando ya pueden pregonar tanta beneficencia

...cuantos moran
desde la costa donde el mar soberbio
de Magallanes brama enfurecido
hasta el lejano polo contrapuesto;
y desde aquellas islas venturosas
que ven precipitarse al rubio Febo
sobre las hondas, hasta las opuestas
Filipinas que ven su nacimiento...

A lo largo de 316 endecasílabos en forma de romance heroico son más de resaltar la patriótica exaltación y la devoción a las autoridades hispánicas que sus intrínsecos valores poéticos. Paradójicamente, frente a la actitud ilustrada de Quintana, contraria al comportamiento de los conquistadores españoles, Bello cree que fue España la que hizo progresar la tierra y la cultura de América («un pueblo inteligente y numeroso / el lugar ocupó de los desiertos, / y los vergeles de Pomona y Flora / a las zarzas incultas sucedieron») y la que le dio la unidad religiosa: «y fue con los pendones de Castilla / la cruz plantada en indiano suelo».

Con estas convicciones, expresadas antes de la independencia de Venezuela en 1810, se comprende el tono pegajosamente adulatorio, que se extiende desde el Gobernador al Rey, pasando por Godoy y por Balmis:

Vasconcelos ilustre, en cuyas manos
el gran monarca del imperio ibero
las peligrosas riendas deposita
de una parte preciosa de sus pueblos...

.....

¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre
con que ha de conocerte el Universo

²⁸ Mejor que la edición de las *Poesías* de A. Bello, Madrid, 1882, precedidas de un estudio de Miguel Antonio Caro —donde *A la vacuna* sigue la advertencia de «inédito»—, es la de *Poesías*, Caracas, 1952.

el que te da Caracas, el que un día
sancionará la humanidad y el tiempo.

.....

Grande y sabio Godoy, tú también tienes
un lugar distinguido en nuestro pecho.
Y a tí Balmis, a tí que abandonando
el clima patrio vienes como genio
tutelar de salud sobre tus pasos
una vital semilla difundiendo...

Ante la «plaga exterminadora que del centro / de la abrasada Etiopía
trasmitida / funestó los confines europeos», por mediación de la Providen-
cia, «Jenner es quien encuentra bajo el techo / de los pastores tan precioso
hallazgo». Fue Carlos en cambio quien mandó a América «una gloriosa /
expedición» con «ilustrados profesores», asombro de los tiempos por sus
«salutíferos efectos». Ya la madre «sin temer que le roben las viruelas»
a su hijo, lo abraza; y cuando el anciano recuerde a sus nietos «aquel te-
rrible mal» y éstos pregunten:

Las virüelas, cuyo solo nombre
con tanto horror pronuncias ¿qué se ha hecho?

él les podrá contestar:

Carlos el Bienhechor aquella plaga
desterró para siempre de sus pueblos.

Tras estos endecasílabos, entre los más banales y prosaicos del conjunto,
augurando a Balmis tantos años como vidas ha arrebatado a la muerte, ter-
mina el poema, que por permanecer inédito durante casi 80 años careció
de especial significado en el desarrollo del tema.

La oda de Quintana, más intensa y concentrada en sus 164 versos que
la de Bello²⁹, se abre con dos potentes imágenes, la invocación a la inocen-
cia paradisíaca del nuevo continente y la referencia a quienes con sangre
lo arrancaron del mítico silencio en que reposaba:

¡Virgen del mundo, América inocente!
Tú, que el preciado seno
al cielo ostentas de abundancia lleno,
y de apacible juventud la frente...

.....

²⁹ Estableció alguna insignificante relación entre ambas A. Torres Rioseco, *La huella de Quintana en la literatura hispanoamericana*, en «Revista Iberoamericana», XXII (1957), págs. 261-272.

Con sangre están escritos
en el eterno libro de la vida
esos dolientes gritos
que tu labio afligido al cielo envía.
Claman allí contra la patria mía...

.....
... Ya en estos días
no somos, no, los que a la faz del mundo
las alas de la audacia se vistieron
y por el ponto Atlántico volaron;
aquellos que al silencio en que yacías,
sangrienta, encadenada, te arrancaron.

América contesta al poeta que, aunque los españoles ilustrados no sean los de la conquista, no puede olvidar sus males, acrecentados por la enfermedad; les pide compasión e invita a contemplarla «si el horror no os lo veda, emponzoñada / con la peste fatal...». Mientras tanto, por fortuna, en los «campos de Albión», se encontraba el «venturoso antídoto» para oponer a la «viruela hidrópica», con el don de «la esposa dócil del celoso toro»; y ya «Jenner lo revelaba a los mortales». Pero frente al azar del descubrimiento está la generosidad española:

el don de la invención es de fortuna,
gócele allá un Inglés; España ostente
su corazón espléndido y sublime
y dé a su majestad mayor decoro,
llevando este tesoro
donde con más violencia el mal oprime.

Y por eso se lanza a su destino, cual nuevo argonauta, un español, por quien el poeta pide a las encrespadas olas: «A Balmis respetad. ¡Oh, heroico pecho / que en tan bello afanar tu aliento empleas!». El hombre, sin embargo, no debe temer las borrascas sino al propio hombre, al «hombre impío / encallado en error, ciego, envidioso». Cuando Balmis llega a América, ésta siente «purificar sus venas / el destinado bálsamo...» Y la expedición se vuelve «a los reinos del Ganges y a la Aurora», contando con la admiración de Luzón y del «industrioso Chino», en una empresa digna del mismo Confucio y del propio español. El poeta pide al héroe que se quede por allá, donde recibirá el premio que merece:

...Balmis no tornes;
no crece ya en Europa
el sagrado laurel con que te adornes...

.....
y aunque en los sordos senos
tú ya durmiendo de la tumba fría

no los oirás, escúchalos al menos
en los acentos de la musa mía.

Digno de destacar en el poeta español es su fe en los destinos de la humanidad en progreso, su inserción confiada en los ideales del siglo de las luces. Y su amor patrio ni le ofusca a la hora de proclamar, según creían los enciclopedistas, los horrores de la colonización española, ni le ciega tampoco en el reconocimiento de un sentimiento humanitario que supera los límites del nacionalismo hasta llevarle al elogio de Jenner, cuando aún está reciente, como ha sido observado³⁰, la derrota de Trafalgar.

La oda de Quintana, cuya génesis obedece a un hecho real de historia española, la expedición de Balmis, tiene en cambio un antecedente literario y temático que creo indiscutible: la oda del poeta italiano Giuseppe Parini, *L'innesto del vaiuolo*, de 1765. No se trata de una semejanza aparente ni de una identidad de elementos retóricos o estilísticos. Es más, ambas se originan en dos distintas situaciones culturales en cuanto que la oda italiana se refiere al *innesto*, es decir, a la inoculación³¹. Sin embargo, a pesar de las diferencias de concepción y desarrollo, dado que Quintana no cae en ningún momento en una vulgar imitación, se perciben internamente en ambas composiciones unos centros de apoyo semántico-retóricos afines. Se da en ambas la apertura inicial que hace referencia al tema americano; en ambas hay la mención de un ilustre predecesor o descubridor extranjero (Montagu y Jenner); en ambas, la exaltación de un connacional que difunde el descubrimiento (Bicetti y Balmis); en ambas, una personal alusión final al propio poeta. Incluso a nivel formal coinciden en el uso de los apóstrofes y, por consecuencia, en los vocativos y en los pronombres alocutivos con verbos en segunda persona; ni faltan reminiscencias verbales en contextos equivalentes³². Ciertamente es que estas vagas conexiones pudieran por sí solas parecer insuficientes si no supiéramos además que Parini fue el poeta ita-

³⁰ Luis Monguió, *Don Manuel José Quintana y su oda «A la expedición española para propagar la vacuna en América»*, en «Boletín del Instituto Riva Agüero», Lima, 1956-7, págs. 175-184.

³¹ El único estudio, que relaciona sólo temáticamente al poeta italiano y al español, es un viejo artículo de A. Scolari, *Le odi di Giuseppe Parini e D. Manuel Quintana sull'innesto del vaiuolo*, en «Fanfulla della Domenica», XXXIV, n.º 42, que incurre también en la habitual confusión entre el *innesto* y la vacuna.

³² No quiero insistir en las consideraciones ya por mí hechas al tratar del paralelo entre las odas pariniana y quintaniana, en *Scienza e lirica illuministica*, op. cit.

liano, entre los modernos, preferido por Quintana, alguna de cuyas odas se sabía de memoria³³.

Desde el ensayo feijoniano a la lírica de Bello y de Quintana, la literatura hispánica de la ilustración se hace vehículo de la reacción socio-cultural ante las dos innovaciones científicas sucesivas y graduales que suponen la inoculación y la vacuna. Pocas veces la ciencia y la literatura se habrán sentido tan hermanadas.

Joaquín ARCE

³³ Joaquín Arce, *El conocimiento de la literatura italiana en la España del siglo XVIII*, Oviedo, «Cuadernos de la Cátedra Feijoo», n.º 20, 1968